

NIVELES DE LECTURA EN *EL VIEJO Y EL MAR*

por

María Laura Pérez Gras

Los textos literarios, en general, pueden ser abordados en más de un nivel de lectura porque sus palabras, imágenes y metáforas encierran significados plurívocos. Sin embargo, hay pocos textos literarios que resisten los cuatro niveles de lectura que presenta la Biblia, el texto de la palabra de Dios.

La Biblia presenta un nivel de lectura literal, un segundo nivel de lectura alegórica, un tercer nivel de lectura moral y un cuarto nivel de lectura anagógica, que es el perteneciente a la exégesis. Ejemplos de textos literarios que pueden ser leídos en todos estos niveles son «El Purgatorio» y «El Paraíso» de la *Divina Commedia* de Dante.

El texto que se analizará a continuación, *El viejo y el mar* de Ernest Hemingway, es una novela corta que supera al género por su temática y la profundidad con que la desarrolla. En las siguientes páginas, demostraremos que esta obra literaria es una de las que pueden ser abordadas en los cuatro niveles de lectura antes mencionados. Es considerada la suprema de Hemingway porque, detrás de su simpleza y de la prosa pura del autor, esconde un universo de enigmas para ser descifrados, y misterios que no tienen respuesta.

En el primer nivel, el literal, nos quedamos simplemente con la anécdota del viejo pescador, Santiago, que está atravesando una etapa de mala suerte y, en un afán de superación, sale a pescar en alta mar. Allí cree tener todo a favor: el clima, la abundancia de peces en el mar y un pájaro que le indica dónde hay pique. Pesca el pez espada más grande que alguien haya visto

jamás; pero la mala suerte parece no abandonarlo, porque es atacado por varios tiburones durante el regreso a la villa. Al volver, después de estar tres días y dos noches mar adentro, sólo le quedan el esqueleto del pescado y su cuerpo dolorido como pruebas de la hazaña.

Manolín es su compañero y su único afecto. El niño lo protege y lo quiere como a un maestro y como a un abuelo: respeta y admira su sabiduría; se compadece de su vejez y lo asiste. El niño nos sirve de parámetro, de espejo, para conocer el lado humano de Santiago al principio del texto: la pobreza, la humildad, la debilidad física, la fortaleza espiritual y, sobre todo, la dignidad que lo caracterizan. Y, así como aparece al principio de la narración en compañía de Santiago, la termina con él bajo su cuidado. Manolín les agrega esperanza a sus planes: el viejo se siente útil porque todavía tiene mucho para enseñarle al niño.

En un segundo nivel, la lectura alegórica nos ofrece una temática más universal. Santiago simboliza al hombre en constante lucha con la vida. El mar representa la vida con sus buenos y malos augurios, con las dificultades y los dolores de la batalla constante por sobrevivir. El propio Santiago reflexiona: «the great sea with our friends and our enemies».¹ El amigo es el pez noble que se defiende, pero que es aún más digno porque le puede servir de alimento a él y a mucha otra gente. Otros amigos son el delfín y los peces voladores que escoltan su embarcación y le sirven de alimento para seguir teniendo fuerzas en la lucha. Y otros amigos son los pájaros que le hacen compañía y le ayudan a

pescar. Los terribles enemigos son el hambre, la sed, el agotamiento físico y el dolor, propios del ser humano; y los implacables tiburones, que simbolizan las desventuras que nos tocan aun cuando nuestra pelea es limpia. Este pescador es el hombre que intenta, pero fracasa, una y otra vez. Sin embargo, no se da por vencido y siempre conserva la esperanza en un mañana mejor.

En el tercer nivel de lectura, el moral, desciframos el código Hemingway. El viejo Santiago encarna el concepto de pundonor que es tan importante en las obras de Hemingway: está debilitado físicamente por los años pero en sus ojos se trasluce la fortaleza del espíritu. Conserva toda su habilidad de pescador, el coraje de un joven y tanto el respeto a sí mismo como también el respeto hacia la naturaleza, hermana del hombre. Santiago es digno en la pobreza; es agradecido con el niño y el dueño del bar, quienes lo alimentan; no le guarda rencor a Manolín porque comprende que son sus padres los que le impiden embarcarse con él; es paciente con los que se burlan de su mala suerte; tiene esperanza y tiene fe. En él encontramos una actitud estoica: todo lo resiste con intachable dignidad es pos de una vocación, de un destino al cual se siente llamado. No se permite ciertas superficialidades como la distracción o el ocio. Trabaja duro porque cree que algún día recogerá su fruto. «Now is no time to think of baseball, he thought. Now is the time to think of only one thing. That which I was born for.»² Es previsor, se maneja con prudencia y hace todo lo que está a su alcance para lograr su objetivo. «He ate the white of eggs to give himself strength. He ate them all through May to be strong in September and October for the truly big fish.»³

Respeto la naturaleza hasta el punto de admirar al pez que persigue para matar. Y se plantea si las personas que se alimentarán de ese pez serán más dignas que él. Incluso, llega a contestarse que no lo serán; pero justifica la muerte del pez porque ése es su trabajo, su vocación, su destino, tan ineludible como el *fatum* estoico. Más tarde, flaquea su firmeza con un planteo más cristiano y se pregunta si no es pecado matar, aun si es por trabajo, vocación o destino, aun si es para alimentarse. Y el remor-

dimiento, el arrepentimiento, que siente Santiago por haber matado a esa maravillosa criatura de la naturaleza en vano, porque los tiburones se lo han devorado, es inmenso. Ese dolor interno, del que él admite sentirse aún más cansado que del dolor físico, es el sinsabor de saberse culpable de una muerte inútil por haber sido soberbio, por haber cometido *hybris* a la altura de los héroes de las tragedias griegas: «You violated your luck when you went too far outside»⁴, se dice a sí mismo. «I went too far»⁵, repite más tarde. Santiago toma conciencia de que no tendría que haber sido tan obstinado por revertir su suerte, sino que debería haber actuado con más prudencia, acorde con su edad y posibilidades. Pasar tres días en alta mar, sin alimentos, débil, herido, al borde del colapso, no fue prudente. La desgracia de los tiburones es entendida por él mismo como un castigo por su soberbia, como una *Némesis* griega.

El cuarto y último nivel, el de la lectura anagógica, es el más difícil de acceder por su complejidad simbólica. La figura del pescador Santiago puede ser interpretada como *imago Christi*. Hay ciertos elementos que conducen a esta construcción. La descripción del principio nos muestra un rostro delgado, demacrado, humilde, pero con ojos jóvenes, ojos de eternidad. Él mismo confiesa ser un viejo distinto, extraño. La figura de Cristo se representa a menudo como un pescador en las pinturas y dibujos de todas las épocas, porque la actividad de pescar es interpretada como la de salvar a los hombres de la perdición. Incluso, el nombre Santiago adquiere significado en relación con los Apóstoles Santiago el Menor y Santiago el Mayor que eran pescadores por oficio y, luego, por fe en Cristo, se convirtieron en «pescadores de almas» para la salvación. El pez está asociado con la regeneración, con el nacimiento espiritual que se produce en el agua: el Bautismo. La palabra griega *ikhthys* (pez) es para los cristianos un ideograma cuyas cinco letras griegas son las iniciales de Iesous (Jesús), Khristos (Cristo), Theou Uios (hijo de Dios) y Soter (Salvador).

El mar es considerado tanto símbolo de la vida como de la muerte, por eso se lo considera como el espacio de las transformaciones, los renacimientos y la resurrección.

El pez es también, junto con el vino, un símbolo del banquete eucarístico: Cristo resucitado come de él. El delfín es otro símbolo de regeneración y ha sido utilizado para representar a Cristo y a la gloria de la paz interior.

El viaje que realiza Santiago representa la búsqueda de la verdad de la Revelación y la barca en que él navega para alcanzar su objetivo de pescar las almas simboliza a la Iglesia.

El pájaro que aparece al principio para orientarlo en la pesca es un mensajero del cielo, que puede ser tanto el símbolo del Espíritu Santo como el de un ángel enviado por Dios para custodiar la misión de Cristo.

Hay una descripción durante la pesca del enorme pez que nos recuerda al suplicio de Cristo durante el Vía Crucis: «He had pushed his straw hat hard down on his head (como una corona de púas) before he hooked the fish and it was cutting his forehead. He was thirsty too and he got down on his knees»⁶ Además, se menciona varias veces durante la navegación que Santiago está a punto de desmayarse por el dolor y el cansancio.

No es casual que el sabio pescador insista tanto en enganchar al pez por el corazón. Éste órgano es el centro vital y espiritual del ser humano. En la tradición Bíblica el corazón simboliza el hombre interior, que es a donde debe llegar Cristo para modificarnos.

Santiago tiene un sueño recurrente de playas blancas y leones. Las playas blancas son símbolo de la pureza y la eternidad divinas. El brillo de las playas enceguece, como si estuviéramos en presencia de la luminosidad celestial. Los leones simbolizan el poder y la justicia de Cristo Juez.

El niño Manolín representa la inocencia, la pureza, el estado edénico anterior al pecado original. Por eso Santiago lo invoca casi con desesperación durante la pesca. El viejo quiere que el pez se eleve de las aguas profundas y oscuras, del pecado, para que salga a la superficie y él pueda atrapar su corazón.

Santiago no logra lo que se propone en una primera instancia: los tiburones, el mal, impiden su labor. Cristo debió morir para salvar a toda la humanidad. Y Santiago está dispuesto a morir. Pero no muere durante la pesca. Primero, debe cargar su cruz, el mástil del barco, y subir la pen-

diente. Cinco veces necesita detenerse a descansar. Y cuando llega a su choza se acuesta en la cama con los brazos abiertos y las manos lastimadas, llagadas, como la figura de Cristo en la cruz.

Santiago no muere en ese momento, sino que Manolín se proyecta sobre él como una brisa de esperanza: saldrán nuevamente a pescar. Sin embargo, el llanto del niño al ver al viejo tendido sobre la cama nos entristece: estamos frente a la figura que sublima el dolor de toda la humanidad. Y un malestar en el pecho y la saliva espesa que Santiago sintió en la lucha con el pez nos anuncian el Sacrificio.

Sólo un genio de la palabra, como lo fue Hemingway, pudo haber plasmado en un texto tan breve y simple una obra maestra de innumerables enigmas y misterios universales.

NOTAS

1 Hemingway, Ernest, *The old man and the sea*, New York, Scribners Paperback Fiction, 1995, p. 120.

2 Idem, p. 40.

3 Idem, p. 37.

4 Idem, p. 116.

5 Idem, p. 120.

6 Idem, p. 46.

María Laura Pérez Gras es licenciada en Letras por la USAL, donde ejerce la docencia. Integra el Equipo de *Gramma*